

B Chinatown barcelonés

ARCELONA. Distrito V. Exterior. Noche. Barrio chino.

Chinatown barcelonés: pijoapartes, prostitutas, chulos, flipaos, salíos, macarrillas y macarrozos, chorizos, pasotas, ganchos, carteristas... Calles oscuras, casas viejas, olor añejo, sabor de ayer... Ropa tendida al sol y a la luna: calcetines, bragas, calzoncillos, medias... engalanan el marco. Día y noche, hombres inmóviles en las aceras, frente a puertas por donde entran y salen puta y cliente... Muchos observan, fisgan, sufren, fabulan en sus mentes calurientas las variantes más variopintas de un polvo. Polvo somos y... Personajes dostoiévskianos deambulaban por este escenario barcelonés y mojan las tapias con pis de pene, mientras putas jóvenes alquilan sus cuerpos y putas viejas maquillan su última coquetería, aunque, muy posiblemente, sus vaginas estén deshabitadas desde fecha inmemorable. Es el tiempo inexorable.

Pero antes de llegar a este «oasis de placer» o «ghetto del pecado» o «barrio chino», hemos bajado las indescriptibles Ramblas, ¡Oooh!, que arrancan en Canaletas-cuartel general de los catadráticos del balompié-. Racimos de gente. Sillas de rambra para parados y curiosos, para voyeurs y cotillas, para espectadores de un fascinante espectáculo... Technicolor... Kioskos, kioscos, kioscos... algún limpiabotas... Monumento a las flores... ¡Ramblas!... El Liceo, Café de la Opera, Monumento a Colón, pero antes de chocar con el puerto hemos girado a la derecha para patear las calles Conde del Asalto, San Ramón, San Olegario, Unión, Santa Bárbara, Hospital, Robadors, Tapias... Calles-pasarela de mujeres de la dulce vida y compradores de coitos fugaces. Podríamos desembocar en el célebre Parello, frente al teatro Apolo, donde, probablemente, Tania Doris, pellizcada por el incommensurable Luis Cuenca, desmadre la libido a la busca del sábado noche. Tania es observada en silencio, cada noche, desde su monumento «La Violetera», por Raquel Meller. Chapeau. Es tentador, en este recorrido desde la imaginación, acercarse al «Molino», donde aún resuena el eco de aquellas canciones para después de una guerra y donde la bur-

guesía del estraperlo iba a piropear a la Bella Dorita. Pero esto es otra historia. Reculemos a Conde del Asalto y es obligado detenerse en el Palacio Güell, de Gaudí, obra singular del modernismo catalán. Ubicado frente al Cine Edén, que a finales del siglo XIX fue un café-cantante conocido por «Café de la Alegría», de muy mala reputación nos recuerda José M.^a Carandell en su Gula secreta de Barcelona: «El Café de la alegría / es centro de perdición / donde se baila flamenco / con toda la perfección. / No se permite, por excusa, la blusa. / Todo caballero lleva sombrero / Y van niños de la Inclusa / sin su nombre verdadero», escribía Almerich.

En este café cimbreó su cintura la inigualable Bella Chelito... Un poco más abajo, salpicados por el Mediterráneo, está el Arco del Teatro con su «kiosko de la cazalla» (con pasas) y en su entorno casas de gomas, casas de putas, goteras, ruinas, grifotas, camellos, déditus, perros callejeros, cowboys de media noche, bazofia, mierda, comidas baratas, sopas con mosca, marines USA, soldados de España, beo-

arrullan las canciones susurradas románticamente desde una vieja gramola por la Piaf, el Chevalier... Todo ha permanecido durante muchos años como lo dejara Quimet (que al parecer «cambió de pareja»). Carmen le rinde un ritual fúnebre en un emocionante homenaje al AMOR. Es el momento de acceder a la calle Lancaster, famosa en el siglo pasado por su taberna de cómicos y por su «bacalao» «El tall de bacalla». Hoy no menos célebre por tener ubicada la bodega «Bohemia».

Juguetes rotos

«La Bohemia», fundada en la década de los cuarenta, se alimentó con artistas sobrevivientes de los años treinta. Es un rincón con solera, sabor nostálgico, paraíso de lo camp, museo de recuerdos, «encantes viejos», baúl de olvidos. Aquí han actuado Mari Alda (aún resuena el eco de su «rema, rema marinero»), Carmen Iglesias, Gran Gilbert..., hasta Adolfo Marsillach recitó por vez primera en público

LUCES DE BOHEMIA

MATIAS ANTOLIN

dos, beodas, botellas vacías, condones usados, síflis, ladillas... A veces meros reptiles humanos que se arrastran despacio hacia su fosa. Agonía. Más ratas, dos gitanas, nueve churumbelles, una cerillera, otro macarra, dos policías, otro borracho... Una radio pregona la última alineación de Santamaría... Y más arriba (calle del Tigre) «La Paloma», baile castizo, con el agarrao bien fuerte, donde se desfogan marmotas, militares, solteronas y cachondos mentales cada jueves... ¡Señores, qué pachanga!... ¡Un goce genital de arriba/abajo... Jo!

¡Ah, y el Pastis! Aquí, cada noche, la señora Carmen, «viuda» de Quimet, te sirve, esbozando una triste sonrisa, un pastis casero en un marco fascinante de bohemia francesa, mientras te

unos versos de Gerardo Diego, que no gustaron ni púm, pero al terminar su ramalazo político, un señor le ofreció un contrato por 15 pesetas diarias. Adolfo no aceptó.

Maria Alda murió a principios de los sesenta, ¡Oh, Gran Gilbert!, diez años después... Su última «estrella» ha sido la «Blyton» (más conocida por Mary), muerta hace cuatro años. En «La Bohemia» se concita un espectro singular del patio patrio, a guisa de cruel y patética parodia de la «belle époque». Mujeres marchitas emiten gorgoritos gargantiles mientras te enseñan «pícaramente» unas piernas temblorosas regadas de varices. Sus rostros están sembrados de arrugas. Voces cascadas. Vedettes en ruina. Canciones sin voz, flores sin aroma



enguirnaldan este rincón del chinatown barcelonés. «La Bohemia» es el todo de su NADA y la nada de su TODO.

A la entrada de esta *tasca valleinclanesca* está la barra. Tras ella, dos viejos camareros de chaqueta blanca, blanquísima y de frente el Water Closet —camerino de sus vedettes—. El resto del local pertenece ya al recinto de la feria. En el centro, contra la pared, una tarima; en la tarima, un piano; sobre una silla destartada un pianista con camisa de domingo almidonada y en el entorno, mesitas redondas maquilladas con manteles rojos, azules, verdes... Y el techo forrado de banderas de todos los colores, de todos los países... Reliquias...

A cien metros hierve el bullicio de

Las Ramblas. Dos faroles rojos parpadeantes iluminan la sórdida portada de «La Bohemia» —donde los artistas nacen— (dice un slogan)... Pasen señores, pasen y vean... Señoras, señores, caballeros, madames, mozas y mozos, respetable público... con ustedes... *El Gran Juanito, Salvador Balcells, Margarita de León, Gardel España, Miguel de Albacete, Tersi Mora, Paco del Río, Marusella...* y las notas de música que bajan del viejo piano acariciado por unas no menos ancianas manos. Una extraña simbiosis persona-personaje que copulan con su propia tragedia. Ha comenzado la parodia más dramática de sí mismos.

El Gran Juanito (fotocopia desenfocada de Juanita Reina), especialista en canción española, se ajusta

los machos, se calza las castañuelas, ladea la cabeza, da brillo a su exuberante anillo dorado (quizá de oro), mira al tendido y nos brinda la faena... Canta «Valencia», continúa con «Francisco Alegre y olé» con un hilillo de voz que se corta con un suspiro («No me arretrates ahora —nos dijo—; en la segunda parte me pongo una camisa preciosa. Ya veréis»). Y una hora más tarde le vemos con una hortera blusa floreada para su apoteosis final, para que sus castañuelas y Francisco Alegre se mostraran en todo su apogeo enredados entre los volantes de encaje negro de sus anchísimas mangas. ¡Flash, flash, flash!... Y *Gran Juanito* se crece ante la cámara, mientras desafina «Zarzamora».

De pronto, un chorro de voz retiembla en el escenario. Estamos ante el tenor *Salvador Balcells* que arranca bravos cuando interpreta (muy bien por cierto) «Granada» y «O Santa Lucía»... Han ido subiendo al escenario *Margarita de León, Tersi Mora, Miguel de Albacete, Paco del Río...* y todos han cumplido el ritual de entregar la correspondiente partitura al maestro pianista para proseguir desgranando cariciones... «Dime cuánto tú vendrás. Si muy pronto o si jamás. Dime cuando, cuándo, cuando...», «Mariquita linda...», «Maite, yo no te olvido...».

Sin minusvalorar a ninguno, quiero creer que es *Marusella*, hoy, la «estartette» del local. Con su «acción... cámara..., focos..., moviola...» crea poses de modelo televisiva (de esas que anuncian pantys hasta la cintura, por lo menos). Domina mimo y gesto. A semeja a una muñeca de tamaño natural esta *Marusella* que tiene fobia al humo del cigarro al que espanta con su abanico protector de contaminación, exclamando: «Oh, los crematorios de Mauthausen!...» «Ooooooh, los Altos Hornos de Vizcaya!...» Y además canta unas canciones casi-casi eróticas, picantes— «por detrás y por delante», matiza la artista... Sigue la fiesta «camp» y sólo echas en falta que mientras *Gardel España* susurra un tangazo, un *Marlon Brando* cualquiera se baje los pantalones o se reboce en mantequilla.

Una limosna
de aplausos

«La Bohemia» tiene un escenario sin escotes, sin deshábille, sin glándulas mamarias al viento... Un ambiente ni erótico ni neurótico, ¿heroico? El respetable viene conformado más que por viejos verdes (estos van al Molino o al Apolo) por jóvenes «rojos» (para entendernos): una cierta progresía con algunos injertos de horteras y domingueros o turistas en busca de emociones «exóticas».

Todos corean con *La Marusella* sus canciones y ella enseña sus muslaman camuflado por opacas medias sin cristal. Tras su colorete esconde un tiempo ya perdido, versificaría *Patri Andión*.

En el altar-escenario no hay retratos de Franco ni de Reagan ni del Papa ni del Duque de Suárez ni del Tarradellas... Están las fotos de Mari Alda, Verdi, Gran Gilbert, Bach, Beethoven... Así el equilibrio convencional queda hecho añicos. Un cuadro de *Ocaña* está ubicado en lugar honorífico. También un *Buda* negro esboza una moftetuda sonrisa a la Virgen de Montserrat. Y espejos, dibujos desdibujados, colores descoloridos, fotos rancias, estampas de santos estampadas en la pared como fetichismo de la religión.

Un rictus de tragedia se intuye en estos rostros penetrables que luchan por esbozar muecas de felicidad. Hace gracia y hace pena a la vez. Una abuela te enseña sus picardías con un guiño de pestañas postizas que arrebatada y tú a cambio la devuelves una sonrisa de complicidad, una limosna de aplausos. Bien poco es... «Se vive solamente una vez...» «Dos gardenias para ti...» *Machín, tachín, Machín...* Y uno rememora a Rita «La Cantora», a la «Coquinera» a Celia Gómez o a la abuela de San Quirce de Riopisuerga...

Sin lentejuelas ni abalorios. Una liturgia sencilla. Días de vino y rosas. Lo que el viento se llevó de estos seres arrancados de la literatura del esperpento. Tres cuartos de siglo a cuestas y siguen regalando generosos la ceniza de su Arte. Restos de naufragio. Vejez, decrepitud, muerte. Drama, comedia, tragicomedia. Cada día, a las diez y media en punto de la noche, en «La Bohemia», «donde el arte es eterno», cada día y a la misma hora, recuerde, para que usted y yo nos podamos sentir superiores (¿) y creernos felices durante unas horas. Allí podremos reír y cantar... (ya habrá tiempo para llorar, ¡pardiez!). ■ M.A.

(Ilustración: RAMON POLO)

LOS PIRATAS
DE LA MUSICA

CRISTINA RUBIO

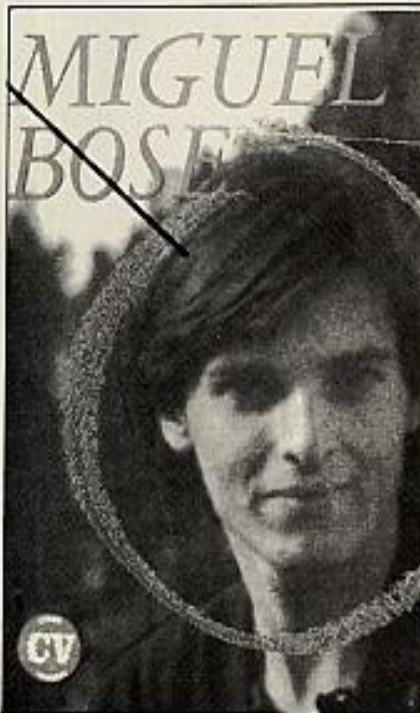
a más de 100.000 millones de pesetas ascendió el valor de las grabaciones sonoras de origen pirata vendidas en el mundo en 1980. La cifra ha sido calculada —con la dificultad que encierra hacer números sobre un mercado clandestino— por la «Federación Internacional de Productores de Fonogramas y Video-cassettes», y se dio a conocer el pasado mes de marzo, en Ginebra, durante el «Foro Mundial sobre Piratería en Grabaciones Sonoras y Audiovisuales».

El término «pirata» se utiliza en sentido general para definir a la copia íntegra y no autorizada de grabaciones sonoras y audiovisuales legítimas. Su envoltura es en ocasiones diferente a la del producto copiado, pero otras veces se falsifica incluso el envase, intentando —y consiguiendo casi siempre— que se confundan copia y original. También se consideran piratas las grabaciones en directo, no autorizadas, de una actuación en público.

Son piratas más del 80 por ciento de

las cassettes vendidas en Arabia Saudita, Corea del Sur, Emiratos Arabes Unidos, India, Marruecos, Tailandia, Túnez, Turquía, entre otros países. El porcentaje se sitúa entre el 50 y el 80 por ciento en Grecia, Portugal y Taiwan. En Estados Unidos, donde el tráfico ilegal de cassettes lo controla la mafia, la piratería oscila entre el 10 y el 20 por ciento del total del mercado. Y en un mercado como el norteamericano este porcentaje supuso en 1980 unos 56.000 millones de pesetas. Por este motivo, el Federal Bureau of Investigation, más conocido como el FBI, ha creado un cuerpo de inspectores especializados en la represión del fraude fonográfico y en los medios de comunicación estadounidenses se hace público reiteradamente un teléfono para que la gente denuncie a los federales los posibles casos de piratería.

En España se han dado pocos casos de piratería en su sentido estricto, sin embargo, el fraude toma una forma más pedestre, cercana a la picaresca, la grabación «cover» de presentación engañosa. La versión «cover» es un pro-



Portadas de dos grabaciones «cover» de presentación engañosa. Aunque el comprador pueda pensarlo, no cantan ni Rocío Dúrcal ni Miguel Bosé.